

Pregón Navidad 2008
Casa de Guadalajara en Madrid

Señor Presidente de la Casa de Guadalajara en Madrid, querido José Ramón. Queridos amigos y paisanos: es muy probable que a estas horas, en la mayoría de rincones de nuestra provincia, esté helando. Incluso en muchos pueblos nieve. Y haga frío. Cuando los presentadores del tiempo en televisión hablan de Molina de Aragón, siempre dicen: “la capital del frío”. Puede que sea injusto porque, en realidad, cualquiera de nuestros pueblos podría optar al mismo puesto. Pues bien, no sé qué demonios debe tener Guadalajara, pero algo debe tener, para lograr que todos nosotros estemos dispuestos a cambiar hoy mismo el calor y el bullicio madrileño por el frío estepario que hace en toda la provincia. Algo muy profundo debe tener, quizá el “virus” guadalajareño del que suele hablar el presidente de esta Casa, para que nos atraiga tanto. Para que la añoremos, como el gallego tiene su morriña o el cántabro su *tierruca*. Para que estemos deseando que llegue un fin de semana, un puente o un mísero día de libranza y salir de estampida hacia lugares que no aparecen en la Guía Michelin, pero que están en el código de nuestro ADN.

La Navidad es un territorio que penetra en lo más sensible de nuestro imaginario colectivo. Quizá por eso la gente anda frenética por las calles. O quizá también por el consumo. El sentimiento es de felicidad y de buena nueva, que es de las cosas que más nos gusta portar a los periodistas: las buenas nuevas, aunque en realidad la noticia, por desgracia, siempre anida en las peores noticias. La Navidad es alegría, como digo, y deseos de paz. De paz. Conviene repetirlo porque vivimos, por suerte o por desgracia, en un mundo convulso que nos sacude a diario con catástrofes y desgracias de variado pelaje. Tenemos la sensación de vivir mal, de ir a peor, pero la realidad se choca de bruces con nosotros para demostrarnos que hay pueblos en el mundo, algunos lejos de nosotros, otros muy cerca, cuya situación debería hacernos meditar, primero, y salir a la calle a protestar, después.

Lejos de atribulaciones, la provincia de Guadalajara celebra la Navidad con bastante más tranquilidad que otros rincones del planeta. Diciembre en Guadalajara es el mes de los villancicos, las rondas navideñas, el certamen de Torija, las hogueras de la Purísima y hasta una fiesta de migas que han resucitado en Jadraque. Todavía queda en nuestra tierra un profundo poso de tradición que quizá se exacerba y se agranda en estas fechas. Con la nieve, con el frío o con la estampa que presentan nuestros pueblos. Es una definición bucólica, lo sé, pero eso no le resta un ápice de realismo. La provincia de Guadalajara exhibe en Navidad algunas de sus fiestas tradicionales más sonadas. Sobre todo las más sonadas. Porque entre cencerros, botellas de anís y algunas bandurrias anda el juego. ¡Y que siga la tradición!

Una de las fiestas más consolidadas es la de las hogueras de la Purísima, que ya han pasado, pero que son el prelude que marca el aldabonazo de las fiestas navideñas. Destacan las hogueras de Horche, de Molina de Aragón y de Romanones. Se han convertido en un icono de la Navidad guadalajareña, un espectáculo nocturno a medio camino del ritual y una manera de abrigarse del frío invernal. Para los católicos, la fiesta de la Inmaculada hunde sus raíces en la tradición cultural de los pueblos de España. Otros entendidos, sin embargo, se muestran más escépticos. Según un artículo publicado en la revista *Celtiberia*, examinando los orígenes de esta ‘tradición’, lo primero que llama la atención es que fue un dogma proclamado por el Papa Pío IX en una bula de “fechas tan ‘lejanas’ como... ¡el 8 de diciembre de 1854!”, señala en tono irónico esta publicación. Su base son unas explicaciones de la Escuela Franciscana.

La argumentación teórica fue de tal magnitud y tan bien defendida en términos lógicos (más de 200 argumentos hábilmente refutados en contra de la Inmaculada Concepción) que desde entonces es conocida como la “Disputa de la Sorbona”, existiendo incluso leyendas asociadas de que las imágenes marmóreas de la Virgen inclinaban su cabeza ante sus peticiones de Auxilio o que los niños gritaban por las calles de Colonia ¡Vencedor Escoto! por lo que suponía de "triumfo de María". La fiesta de la Inmaculada se justifica en teorías teológicas diversas. Quizás toda esta necesidad de solemnizar la Inmaculada Concepción venga de la analogía de la santificación de San Juan el Bautista, es decir, si la “Concepción de Juan” fue fiesta, ¿por qué no iba a serlo la de María?. Sin embargo su ubicación el día 8 de diciembre es puramente accidental a tenor de la mayoría de expertos. No obedece a ningún "anclaje" cultural hispánico en esa fecha, a diferencia de festividades como el 11 de noviembre (San Martín), 2 de febrero (la Candelaria), 10 de agosto (San Lorenzo) o el 24 de junio (San Juan) y que no gozan de la consideración de festividad oficial. Cosas del vulgo, tal vez.

Sin embargo, a juicio de expertos celtíberos, la Biblia no menciona explícitamente el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Por otra parte, Santo Tomás afirma y repite con insistencia en varias partes de sus obras, escritas en diversas épocas, que María contrajo el pecado de origen, por lo que hoy podría ser calificado de “hereje”, como cualquier católico que discuta este dogma de la Iglesia en nuestros días. José Ramón López de los Mozos, maestro de folkloristas y gran amigo de todos nosotros, señala que “la costumbre de encender las hogueras la víspera de la Inmaculada comenzó en el año 1670 y se ha mantenido desde su creación hasta los tiempos actuales”. Las hogueras de la Purísima se celebran en Guadalajara desde finales del siglo XVII. Las de Horche es una fiesta declarada de Interés Turístico Provincial que cada año concentra a más público. Da gozo contemplar la presencia del fuego en medio del frío de La Alcarria y, sobre todo, los saltos que dan los horchanos para salvarse de las ascuas. “Representan tales hogueras –subraya López de los Mozos- la pureza de la Virgen (...) Cada vez que se salta una de las hogueras, el cuerpo –y con él el alma- se purifican”. Delante de la casa de todos los representantes de la esclavitud se forma una hoguera de tamaño medio, excepto como apunta José

Ramón delante de la del esclavo mayor, cuya luminaria resulta más grande que el resto: “en lo referente al alma, la pureza de la Virgen se transmite mediante el fuego a quien salta las hogueras, mientras que el cuerpo se ve libre de posibles males mediante el humo, que al elevarse los arrastra a lo lejos”.

Además de las hogueras, el segundo referente clarísimo de la Navidad de Guadalajara son las rondas tradicionales. Cada vez hay más. Resurgen fiestas de antaño y surgen otras nuevas que tienen como epicentro las rondas de toda la vida. Hay fiestas de rondas en Tendilla, Cifuentes, Cogolludo, Tartanedo, Trillo, Guadalajara y, sobre todo, Torija. De un tiempo a esta parte, Torija se ha convertido en la capital provincial de las rondas, con su estupendo certamen tradicional que ya se ha convertido en una fiesta consolidada en el calendario provincial. Se celebra cada año el sábado entre Navidad y Nochevieja y está organizado por el Ayuntamiento de Torija y la Asociación Cultural Barbacana. Es una fiesta popular, en la extensión más amplia de la palabra popular. El pueblo participa, se vuelca. Se cantan rondas y se sale a la calle. Se fomenta lo más granado de la tradición musical navideña de la Alcarria. Y apunten: hay migas, chorizo y caldo para todos los que se animen a la Ronda por las Calles. ¿Hay quien de más?

Muchos pueblos de Guadalajara se esfuerzan en conservar las raíces que surgen entre las rondas, especialmente en la comarca alcarreña: Lupiana, Atanzón, Iriépal, Azuqueca, Chiloeches, Marchamalo. Existe un sentimiento hondo en las gentes que mantienen con vida las tradiciones de Guadalajara. Los villancicos son inherentes a este periodo. Constituye una tradición del siglo XII, pero sigue enraizado. Es música en verso. Música que surge de la tradición alcarreña congregada en torno a la iglesia, el arte y la raigambre cristiana. Es probable que, católicos y no católicos, hayan cantado o disfrutado de alguna ronda en nuestros pueblos. La cultura occidental se impregna de la tradición cristiana, pero atañe a todos. Cristianos o no. Católicos o no. La cultura es transversal y a veces, sólo a veces, no entiende de ideas ni de credos. Obras de arte como el Cristo de Velázquez o la Inmaculada de Zurbarán no admiten ideología. Son arte. Puro. En esencia. Y sintetizan la historia de todos nosotros, no sólo de unos pocos.

Amigos, la Navidad en Guadalajara sabe a calor de la lumbre. A hogueras en la calle y a reuniones familiares en casa. Sabe a costumbre popular y a honra litúrgica: Santa Lucía, la Inmaculada, Santa Bárbara, la Misa del Gallo. La Navidad en Guadalajara sabe a frío seco y duro, como todos los inviernos de Castilla, y a buen condumio. Sabe a tradición. Sabe a nuestras raíces. La Navidad en Guadalajara es uno de los mejores motivos para invitar a visitar nuestra tierra a quien no la conozca. O para repetir visita si ya ha tenido la suerte de conocerla. Conviene insistir: que no se dejen engañar por las temperaturas, ni por el temporal, ni por los hombres del tiempo de la tele. Que olviden prejuicios y tengan en cuenta que, en gran medida, el encanto de Guadalajara en Navidad reposa en el manto blanco que cubre buena parte de la provincia.

Siempre me ha parecido imprescindible aprovechar la Casa de Guadalajara en Madrid, este centro que nos acoge a todos en el cogollo del Foro, para exhibir las virtudes que adornan a nuestra tierra. Muchos de los guadalajareños que viven, que vivimos en Madrid, aprovechamos estas fiestas para volver a nuestros lugares de origen. Volvemos a casa por Navidad, aunque en realidad ya no sabemos después de tanto tiempo si nuestra casa, nuestra primera casa, es el pueblo o, como escribió Azorín, este “poblachón manchego” que se llama Madrid y que es generoso a fuer de hospitalario. La Navidad de Guadalajara se siente de forma especial en Madrid. Es una forma de vivir la tierra, pero sin vivir en la tierra. Una forma de participar en nuestras tradiciones, aunque no estemos allí cada día. Una manera de ser de Guadalajara en un lugar tan grande, como Madrid, donde los mensajes se pierden si no se machaca con ellos. Esta Casa de Guadalajara, que acumula ya 75 años, es una prueba fehaciente de que este sentimiento alcarreñista, o guadalajareñista, sigue presente. ¡Y lo que nos queda por rondar, paisanos!

Es un honor y un placer compartir con vosotros este prelude navideño. Soy socio de la Casa de Guadalajara en Madrid desde que tenía dieciséis años. Decidí apoyar esta causa aun sin haber nacido en Guadalajara y sin vivir en Madrid. Entonces yo paraba en Barcelona, pero debe ser que la tierra tira al monte. Quiero agradecer a José Ramón Pérez Acevedo, a Tomás Gismera, a Manolín, a Rafa Velasco, a todos los miembros de la Junta Directiva y a vosotros, los socios y amigos de la Casa, el esfuerzo encomiable que hacéis para seguir manteniendo abierta esta ventana, la única en Madrid, que mira a Guadalajara. La única ventana que no tiene filtros. La única que está hecha por gente de Guadalajara para gente de Guadalajara.

No es una hipérbole afirmar que la Casa de Guadalajara en la capital es un espacio histórico que ya forma parte de la idiosincrasia de la tierra que nos une. Sería una prueba de ceguera y de irresponsabilidad no atender la ayuda que precisa. Es importante que el amor propio que tanto necesita Guadalajara también se plasme en los guadalajareños que estamos en Madrid. Sé que la provincia está a la vuelta de la esquina, pero espero que no sirva de excusa. Ojalá que los guadalajareños que estamos aquí, tan lejos, tan cerca, no perdamos nunca la ilusión y las ganas por seguir siendo de Guadalajara. Y lo que es más importante: por seguir pregonándolo a los cuatro vientos.

Muchas gracias por vuestro cariño.

Feliz Navidad a todos.

Madrid, 16 de diciembre de 2008